

# La Universidad de Lezo

EN un alto situado al pié del monte Jaizkibel, en el extremo del Canal de Pasajes, se asienta la Universidad de Lezo, cuyo nombre, a causa, principalmente del milagroso Cristo de su basílica, es tan popular en el País Vasco. Su población en la actualidad es de 1.500 habitantes aproximadamente.

La referencia más antigua que de Lezo se tiene es el privilegio concedido a Fuenterrabía por Alfonso VIII en 1203, en el que se dice daba esta ciudad a Guillermo Lazón y sus compañeros para que fuesen sus vecinos.

Por tradición se dice que este Lazón era el dueño de la casa. Lezo-Aundia y sus compañeros son sin duda los propietarios de las demás casas. Desde aquella época Lezo perteneció al distrito municipal de Fuenterrabía y era una aldea de ésta, con título de Universidad, sin tener jurisdicción propia, sino tan sólo pedánea de los alcaldes de dicha ciudad, aunque de hecho hoy constituye un municipio independiente.

Antiguamente, el puerto de Lezo tenía más fondo que en la actualidad y llegaban a él bajeles de 70 a 80 toneladas. Allí estuvieron en el año 1597 y siguientes, los astilleros reales bajo la dirección del general D. Antonio Urquiola, construyéndose en ellos la famosa capitana del Océano en 1609 y 15 navíos más, sucesivamente.

Cuenta entre sus hijos ilustres con Francisco Gainza, rector de Irún, autor de la historia de Irún-Alranzu, en 1738; Lope Martínez de Isasti que escribió el Compendio Historial de Guipúzcoa en 1625; Domingo de Lezo, catedrático de Filosofía, obispo de Cuzco, donde murió en 1552; Eugenio Ochoa, nacido en 1815, literato, traductor y político; Juanof Villaviciosa, Almirante de la Real Armada que fué a la Florida con el general Avilés. Fué este un valentísimo marino de cuya familia descienden tres almirantes, Juanof el menor, Juancho y Domingo, así como el general Villaviciosa; Jaime Zamora, piloto mayor de las Armadas reales del tiempo de Felipe II, reconoció las costas de Europa y América dando a la imprenta un tratado titulado: «Mareas derrotas».

El escudo de armas de Lezo es un campo de oro, ondas de mar azul y plata con tres tejos en su ribera. sobre cada uno de los cuales hay una panela verde; y de cimera una corona de oro y lambrequines de los mismos metales y colores.

Hoy la Universidad de Lezo tiene una plácida fisonomía tranquila y trabajadora.

Su vecindad con Rentería y las relaciones naturales de sus habitantes con los de nuestra villa, han creado lazos de afecto muy firmes y cordiales que datan de antigua fecha.

El Ayuntamiento actual está formado de los señores siguientes:

Alcalde, D. Anastasio Salaverría.  
Primer teniente, D. Carlos Mecolalde.  
Segundo id., D. Gaspar Sarasúa.

Concejales: don Juan José Salaverría, D. Lino Salaverría, D. Bonifacio Pagola, D. José Guezala, don Melitón Picabea, D. Tiburcio Ascacibar; Secretario, don Fidel Otegui.

El presupuesto anual de gastos es de 40.000 pesetas, y su Alcalde Sr. Salaverría, persona de iniciativas felices y amante como el primero de la prosperidad del pueblo, eficazmente secundado por todos los concejales, piensa acometer obras tan im-

portantes como la traída de aguas, un nuevo frontón y matadero, así como la ampliación, — ya en curso de obras, — de las Escuelas municipales.

Si unimos a esto el desarrollo que la industria va alcanzando en esta Universidad, cuyo gran porvenir está principalmente en los amplios terrenos propios para la erección de fábricas y almacenes que los Sres. Gorospe y Compañía han abierto al tráfico, uniéndolos por medio de un túnel a la estación ferroviaria de Lezo-Rentería, convendremos que aguarda a los «lezotarras» un brillante porvenir industrial no menos dilatado que el de Rentería.

No queremos olvidarnos, al cerrar estas breves notas, de dos hijos ilustres que honran a su pueblo. Nos referimos a D. Antonio Pildain, ilustre canónigo lectoral de la catedral de Vitoria y figura muy notable en la Iglesia española, y el gran pintor D. Elías Salaverría, cuyas obras maestras no necesitan de nuestras pobres alabanzas.

De todo lo cual se deduce que Lezo, afamado por su venerado Santo Cristo, no se duerme en la vía del progreso, sino que hace bueno aquel refrán castizo que dice:

«A Dios rogando, pero con el mazo dando»